

A MI NIETO PABLO

*Me he despertado temprano
que alegría, que emoción
porque hoy es el día de
Mi Primera Comunión.
Ya veo la luz del día
y me encuentro emocionado
miro la túnica blanca
que mi madre me ha planchado.
Mis padres me quieren mucho
y yo a ellos también
porque ellos me enseñan
a respetar y a querer.
En la puerta de mi casa
junto con mi hermana Marta
me siento como en la Gloria,
y mis padres me llevan
a la iglesia de la Victoria.
Estoy sentado en la banca,
y me siento emocionado
repaso la lectura, que
de leer me ha tocado.*

*Junto con mis compañeros
que alegría que emoción
porque todos recibimos
la primera Comunión.
En la puerta de la iglesia
la familia a mí me espera
con mis padres y mis primos
mis tíos y mis abuelos.
Todos me han felicitado
he recibido a Jesús y
vamos a celebrarlo
en el Rincón Andalúz.*

Francisca Muñoz Guerrero



Pureza

De nuestro amor nació un capullito
ay que cosa tan bonita
en tu cunita tu sueño contemplo
veo como mi niña duerme
con tus ojitos cerrados, tu nariz respingona
y en tus labios una baba
ay mi niña que bien duerme acurrucada
mi niña sus primeros pasitos echa
que cosa tan esperada
la niña que va creciendo y a parvulito ya va
con su babi bien planchado
ay que guapa mi niña va
van pasando los años y a E.G.B tu vas
ya no va siendo tan niña
pues por propia naturaleza sus sabanas mancha ya
ay mi niña que es toda una mujer
con el paso de los años universitaria es
buenas notas tu nos traes
pues orgullo que tu nos das
pero un día pensativa yo te ví
ay no se si Juan o Pedro
no se por quien decidir
no le brindes el amor a todo aquel que se acerque
piensa, calcula y medita
que tu sepas decir no
pues ten tu el pulso siempre firme
ponle freno a tu pasión
se tu roca siempre firme
no le brindes el agua de tu vida
a todo aquel que se acerque
pureza transparente orgullosa de tí misma
y siempre ante la tempestad firme
un buen día ese hombre de tu vida
buscara como el jardinero cuidado y escondió su rosa
para que nadie pudiera cortar
lo que él cuidado y mimo para un día su vida
a otra unir su amor
y piensa, calcula y medita
cual es el hombre merecedor de tu amor
que tiene que compartir tu vida
y tu padre orgulloso a su niña llevará al altar
y como rosa engalanada
a tu hombre te ha de entregar
después en tu vida
fue una cosa a su tiempo y deseada
una experiencia muy bonita
que mereció esperar
que el árbol de la vida
poco a poco y a su tiempo
espera el amor deshojando
y bebiendo el agua pura de tu vida.

Remedios Villalba Naranjo



DESPERTAR

Francisco Medina Troya

“Una vez oí contar una historia que había en un cuento; al canto alegre del hombre que es como el sol”...

- Una historia/ Triana-

Yo siempre lo había concretado; sin embargo, nunca me hicieron caso. Desde lo más oculto de mi corazón presentía que aquello no era un sueño, que aquellas leyendas locales nacieron de algo más que el vientre de la fantasía, perdurando en los siglos por su irrevocable certeza.

La primera vez que lo vi viajaba en un lento tren y la armonía de su traqueteo casi me había llevado a una somnolencia pegajosa que me hacía cabecear. Inmerso en ese sueño inquieto y que a veces era ahuyentado por algún meneo del vagón, vivía entre la realidad y la ficción de forma prodigiosa... Cuando llegué a la altura de aquella aparición créame hollar en el reino de los sueños. Refregué mis ojos llenos de sopor con fuerza y mirando absorto por la ventanilla quede fascinado. A simple vista sólo se trataba de una inmensa montaña que por la caprichosa suerte o la vocación inspirativa de la naturaleza tenía la forma de un hombre acostado sobre su espalda. Pero un terrible miedo, o más bien tendría que decir respeto, recorrió cada fibra de mi piel. Era una apreciación que noté en los

demás pasajeros. Allí, debajo de aquellas rocas, de aquellos arbustos, había algo. Una fuerza tan grande y tan infinita que se palpaba en el aire. Sin embargo diome cuenta de que sólo yo había fabricado ese pensamiento, que a la larga sería la obsesión de mi vida. Era una realidad, aquello no era una montaña.

Y cuando el tren dejó atrás aquel coloso ya no pude

“Todos los días me pasaba horas y horas esperando el despertar del coloso.”

conciliar el sueño, su imagen imponente dominaba todos mis recursos cerebrales...

No conté mi hipótesis hasta muchos días después. Ya no podía soportar tener retenido por más tiempo un descubrimiento de tal magnitud. Ella me escuchó atentamente, cada palabra, cada ademán.

“Me dices que en este condado hay una montaña que es ciertamente un gigante o monstruoso ogro”. Dijo con suave voz y acariciándome los cabellos rizados.

“¡Exacto, pongo la mano sobre el fuego!”. Aseguré nuevamente.

“¿En qué te basas para estar tan confiado?”.

“Amiga... Si hubieras sentido aquella energía como yo la noté invadir mi cuerpo. En ese instante tuve la certeza que provenía de allí... Además sus formas son perfectas, colosales, pero perfectas...”

Claro, las hierbas y el terreno rocoso lo han cubierto con el paso de los siglos”... Dije.

“¿Y por qué no se mueve?”. Preguntó con cierto sarcasmo.

“¡Por qué está dormido!”. Finalicé.

En los días venideros mi obstinación fue tal que me trasladé a aquellas tierras instalándome en una casa de campo a pies del gigante dormido. Dedicué mi tiempo en recorrer su silueta desde el nacimiento del sol hasta bien entrada la noche. Estuve en su cabeza llena de abundantes pedruscos y lirios silvestres. Pude admirar la grandiosidad de sus miembros, el latido de su tórax. Yo lo sentía cuando ponía mi oreja a ras del suelo. Era un latido lejano, perdido pero constante... El gigante estaba vivo. Un estremecimiento

me paralizó. ¿Cuánto llevaría en el país de los sueños aquel titán?... Tras mi descubrimiento me adjudiqué una labor absurda en todos sus contenidos. Todos los días me pasaba horas y horas esperando el despertar del coloso. Me sentaba bajo una vieja encina inmerso en la lectura frente a sus formas grandiosas, y dejaba que transcurriera el tiempo, hasta que el sol moría tragado por su boca... Incluso había días que la noche acogía mi espera en mi vocación de ver un prodigio único en la tierra. Pero el gigante parecía dormir profundamente y era ajeno a mi ansiedad, a todo lo que ocurría a sus alrededores.

Una de aquellas tardes tan parecidas a las ya pasadas una presencia me hizo romper el hilo que unía el libro y mi mente, mis ojos auscultaron la encorvada figura de un anciano. Este me sonreía, dos únicos dientes eran los culpables de que aquella mueca era una sonrisa y no un rictus de otro sentimiento.

“¡No despertará!”. Me dijo con voz ronca.

“¿Qué?”. Pregunté, sabiendo que lo abordaba sin sentido.

“¡El gigante, no despertará!... Está hastiado del mundo”.

“¿Habla usted de la roca?”. Pregunté, comprendiendo lo que me decía el viejo.

“¿La roca? ¡Yo creía que usted sabía la verdad!”. Refunfuño.

“¡Si... Yo creo que...!”.

“¡Que no es una montaña!”. Me interrumpió.

“¡Exacto!... ¿Que sabe usted sobre esto?”. “Le interrogué señalando a la gran mole.

“¡Se lo contaré si me deja probar ese pellejo de vino!”. Sonrió.

Con un gesto le invité a sentarse a mi lado, bajo la sombra beneplácita de la encina. Allí, sobrecogido, escuché todas las leyendas del titán, tan viejo en el tiempo como las estrellas. Todo paralelo con la propia historia de

Éramos inseparables, y hasta cuando íbamos al pueblo, cosa poco frecuente, nos llamaban el “Loco viejo” y el “loco nuevo”.

mi narrador. Me contó que su tatarabuelo, ganadero como él y todos sus ancestros, observó una madrugada el despertar del gigante. Muerto de miedo le vio pasearse por los prados, saciar su sed en el río y volver a su lecho para dormir nuevamente hasta nuestros días... sin duda otro interlocutor hubiera tomado las palabras del noble anciano como nacidas de la demencia senil, pero todo aquello afirmaba mis sospechas...

Desde aquel primer encuentro todos los días me acompañaba mi amigo el viejo. Llegaba con su rebaño de cabras, sus dos fieles perros, su zurrón con queso curado y vino blanco, y sobre todo un excelente pan casero, siempre sonriendo, sentándose a mi lado me decía con su acento de pueblo.

“¿Hace un cigarrillo?”. Ofreciéndome el cuarterón de tabaco y el librillo de papel.

“¡Venga!”. Le contestaba apartando el libro que estaba leyendo.

La mayor parte de los días apenas si hablábamos. Porque el anciano me dijo que del silencio se aprende más. Que las palabras oscurecen el lenguaje verdadero. Él me enseñó a escuchar, a descubrir cuando venían los nuevos vientos, un cambio de clima, el celo de los animales o la presencia de un espíritu... Un bello atardecer me susurró con los ojos tristes.

“Yo me he hecho viejo esperando a que despierte”.

Y pasaron los años infructuosamente para nuestro objetivo. Pero fructíferos en consecuencia con nuestra creciente amistad.

Éramos inseparables, y hasta cuando íbamos al pueblo, cosa poco frecuente, nos llamaban el “Loco viejo” y el “loco nuevo”.

En la taberna le pregunté percatándome de algo tan simple y que aún no sabía.



“¡Nunca me has dicho donde vives!”.

“¿Y eso que importa?... Vivo...”. Contestó riendo y contagiándome a mí...

Todo ocurrió muy deprisa. Aquella mañana íbamos hacia la morada del gigante y cuando llegamos a la loma desde donde se divisaba su silueta comprendimos que todo ese tiempo esperando aquella hazaña había

sido en vano. Corrimos como dos chiquillos, inutilidad total, pues aquella carrera no iba a devolver al coloso al lugar donde había pasado tantos, y tantos años... Con el aliento perdido llegamos al sitio concreto y afligidos miramos con halo estúpido en nuestros rostros el inmenso vacío que había dejado en aquel hermoso paisaje, y en nuestros corazones rotos.

Todo parecía ahora tan extraño. Observar el horizonte y no presenciar la masa que aquel ogro de-

jaba en nuestras almas, un hueco imposible de tapan. Fue demasiado doloroso... Se había marchado y nunca sabríamos a donde. Quizá ya estaría acomodado en otro lecho, en otra montaña muy, muy lejos de aquí...

Miré profundamente a mi viejo amigo, éste diose la vuelta huyendo de mis ojos, y silbó llamando a sus fieles perros. Creo que lloraba...

Francisco Medina Troya



ME LLAMABAN JABONERILLO

José Herrera Calderón

Esta es la historia fabulada de un borriquillo que vivió con numerosas vicisitudes en este precioso pueblo de Olvera.

Hola!

Me llamaban Jabonerillo, no soy ni pequeño, ni grande sino mediano, tengo el pelo sedoso y brillante y mi nombre se debe al color de mi pelo ceniza o jabón casero que elaboraban las mujeres olverañas.

Unos me llaman asno, otros borrico, rucio, pollino, onagro o rucho. No sé donde nací o si mi madre era cárdena, canosa o

plateada; me compraron en el mercado de esclavos, mejor dicho en la Feria de Mayo por 900 reales en la calle Pico junto al Pilar del Matadero donde en esa Feria de Mayo se vendían otros cuadrúpedos como caballares y mulares que tenían más éxito que yo.

Sé que soy el hermano pobre del mulo, pero él es híbrido y yo no; le tengo envidia a esos cuadrúpedos bien enjaezados, gordos, de monturas y estribos brillantes.

No soy ni gaviota que come pescado, ni rosa que tiene espina, pero soy el símbolo de

uno de los grandes partidos políticos de Norteamérica: el Partido Demócrata.

Pese a que los humanos me consideran un animal tozudo y de pocas luces, quiero decir a mi favor que soy sufrido, trabajador y no corrupto; aunque mis orejas dicen que servían de risa para ridiculizar a los malos alumnos; tengo seso con ese y con equis y por lo último se comparan conmigo algunos humanos. Y también me siento orgulloso de que en mi lomo haya entrado triunfante Nuestro Señor Jesucristo en Jerusalén el Domingo de Ramos.



Me llamo Jabonerillo.

En mi época, hace varias décadas, éramos muchos en este pueblo, más de 300, hoy apenas si quedan una docena; mis congéneres se llamaban palomo, chacarrero, querido, golondrino, molinero, castaño, morito etc.

En aquellos años nuestros amos se llamaban "Arrieros" y en Olvera había muchos, sus nombres eran Rondino, Manosucia, Viruta, Juan Bolsa, Matuta, Brillantina, etc.

Formábamos verdaderas legiones o recuas por la Cuesta de los Algarves, Vereda de la Estación, Peñón de las Carretas, Cuesta de Piletas y por otros muchos caminos; nuestra impedimenta o pertrechos eran las

pedreras, serones de esparto, aguaeras. Éramos encabezados por el "Liviano", es decir el primero de la fila y que militarmente sería el "Gastador".

Ahora les hablaré de mi amo Mateo Ramírez, alias el Picuo, era y es un hombre de orden, excelente profesional, austero, trabajador infatigable y sobre todo madrugador. Su paso firme, su voz cavernosa denotaba su estado de ánimo; no se andaba con contemplaciones y su vara de membrillo era más eficaz en la trupe asnal que la espada de un samurai. Mateo me echaba de comer por la pajareta que tenía la cuadra en la calle Cerretillo; a veces me acariciaba y me daba algunas algarrobas que eran mi mayor golo-

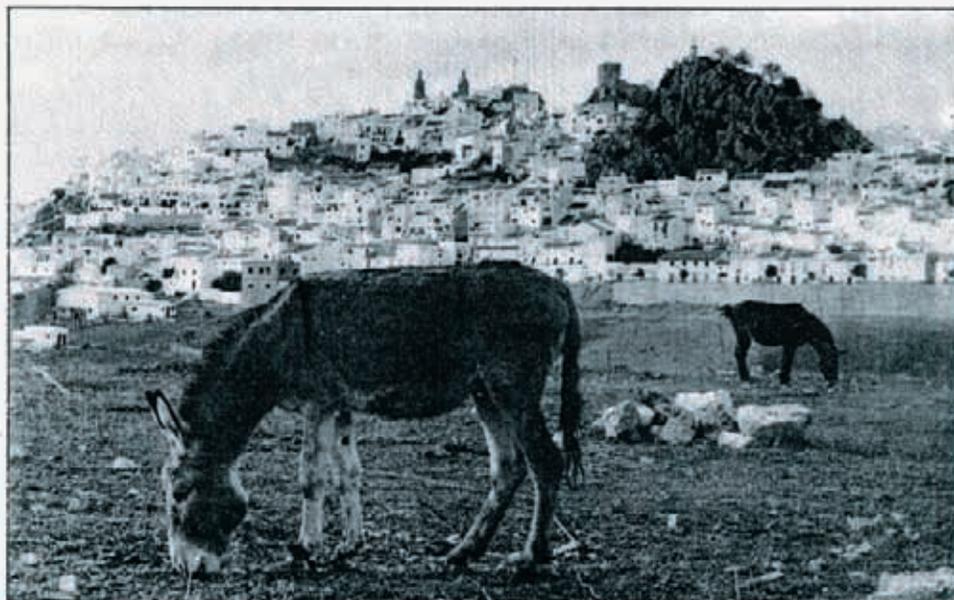
sina. Otros momentos felices además del sonido de la paja al caer por la pajareta era el mordisquear los espinos majoletos de las cunetas, pero sobre todo cuando nos acercábamos a los muchos pilares o abrevaderos que había en el pueblo (Pilar del Calvario, Pilar del Matadero, Pilar de las Pilas todavía sobreviviente).

Mi amo Mateo aunque no era veterinario, sabía tratarme con respeto y curarme las mataduras con yeso, ceniza y sobre todo con el aceite requemado de la candileja.

Tuve un poco de envidia asnal, deportivamente hablando de mi camarada Golondrino, por ser el mejor trotador y corredor de fondo de la recua asnal.

EN OLVERA, TODAVIA EL BURRO ES UN AMIGO ENTRAÑABLE

Platero es pequeño, peludo, suave...



En Olvera todavía el burro es un amigo entrañable.

En verano dormía al raso, bajo un infinito cielo azul, poblado de numerosas estrellas, con el canto del grillo, el ronronear de la tórtola y la inquisitiva mirada del “Velador”.

Los viajes largos me daban mucha alegría; aunque era agotador; íbamos a Coín llevábamos cebada y trigo en costales y de vuelta traíamos naranjas e higos de Alozaina y Yunquera; tardábamos más de tres días y tres noches, dormíamos como lugar obligatorio en el Puerto el Viento en el Burgo.

Mi compañero Molinero era bajito, cabizbajo, observador y rebuznón; un día el solano de Tarifa lo trepó y mi dueño le colocó sendas piedras en las pedreras. En estos viajes largos éramos mejor alimentados, sobre todo de cebada y avenate, pero mi amo tenía un truco: me daba mendrugos de pan remojados en vino, decía que tenía mucha fuerza y que lo había aprendido de un estraperlista.

Temblaba cuando transportaba retamas, cañas o paja, no por el peso sino por el volumen. Un día cerca de un cortijo llamado Monesterejo, íbamos cargados de retamones con destino a la tahona y mi amo se sorprendió cuando divisó sobre la cresta de una cercana colina y lugar obligatorio de paso a un par de humanos inmóviles subidos a caballos con uniformes verde oliva y con sombreros triangulares de brillante charol negro. Sobre sus si-

llas de montar estaban enfundados sus fusiles mauser y uno de ellos lanzó su voz de trueno:

¡Alto a la Guardia Civil!. Sentí re-
funfuñar a mi amo, buscar en el bolsillo y en la faja unos papeles que llamaban “Guía” y presentárselos a esos dos jinetes de color verde oliva, uno de ellos con un bigote más largo que un langostino tigre de Sanlúcar.

Mi mayor alegría fue que la pesada carga de retamones para la tahona fue confiscada y el cabreo de mi amo Mateo fue mayor que la de los indignados de la Puerta del Sol de Madrid.

Otros de los momentos más felices era cuando actuaba de “Garañón” ya fuese con yegua o con burra que estuviesen de “caliá”, pues ya sabéis que lo

mismo cubro a una burra que a una yegua, aunque mi hijo el mulo sea un híbrido. En esos momentos de mayores goces perdía los papeles, me abandonaba, tiraba la carga, me desmadraba o destrababa como se dice en Olvera, ni incluso la vara de mi amo era capaz de detenerme. Recuerdo una vez que una campesina llevaba una burra en celo, fue olfateada por mi, siendo mis impulsos tan fuertes que tiré la carga e intenté aparearla, consiguiéndolo a pesar del delantal con que le cubrió la dueña el sexo. Las llaves del cortijo que iban en el bolsillo del delantal dicen que todavía no han aparecido (Ver Revista de Feria de Olvera del año 1.993).

Mi amo Mateo tenía en una mano la zanahoria y en otra la



Antigua Feria de Mayo del año 1980.

temible vara de membrillo, una vez se arrojó al río Salado como una jineta para salvar a Castaño que se ahogaba cargado de arena y el rescate fue mejor que el que hace el F.M.I (Fondo Monetario Internacional).

Uno de los días más tristes que recuerdo, como dice El Quijote “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no recuerdo...” yo si lo recuerdo, fue en la calle Zorrilla, próxima al Arco de la Alameda, fue la muerte de Morito que cayó por una albarradilla cargado de escombros. El “Corredor” le prometió a mi amo que le buscaría otro rucho mejor, pero que el corretaje sería esta vez mayor.

Morito fue llevado al cementerio de los borricos, en la

Cueva de los Areniscos en el Lanchar, en el cortijo de mi amigo Juan José Lovillo; lugar donde los buitres leonados tenían su particular Lunes de Quasimodo.

He conocido y conozco a muchos bípedos que se llaman humanos, de ideología altruista, masónica, cristiana o liberal; que han estudiado en las capitales, que comen con cucharas y tenedor, hablan por teléfono fijos y móviles (naturalmente con cargo a los leales súbditos y contribuyentes de éste nuestro reino). Esos mismos no socorren a sus semejantes cuando realmente lo necesitan, son avestruces sociales, ni siquiera acuden a los entierros de sus paisanos y encima quieren que les voten.

No rebuznan, solo hablan, beben y ríen. A pesar de todo son infelices.

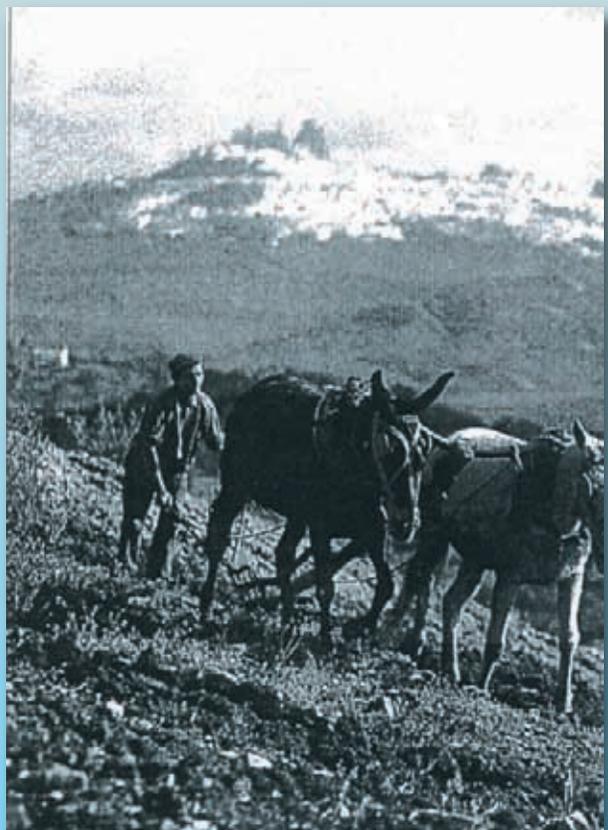
Hoy día nuestra especie está de moda, quizás sea otro capricho más de los humanos, pero hasta la reina Sofía y otras personalidades apadrinan a burritos en A.D.E.B.O (Asociación Defensa del Borrico) en Rute (Córdoba).

Y para terminar decirle que la Junta de Andalucía que muchas veces tiene cabeza, tronco y extremidades ha declarado a los burros “especie protegida” porque están en vías de extinción.

Es un relato de José Herrera Calderón.



Haciendo una háquima.



Arando con la junta.

RECUERDOS EN EL EXILIO



Primer premio del
Certamen de Relato Corto “La Luciérnaga”
Natividad Toledo Palma

Aquel domingo era un día especial. Como cada tarde, me dirigía a la plaza central del pueblo donde solía reunirme con mis amigos.

Aquella tarde, sin saber porqué, me sentía radiante. Aquella hermosa falda de volantes, que mi madre había terminado la noche anterior, seguía el ritmo del viento que se colaba por las estrechas callejuelas de la ciudad. Estaba muerta de frío, pero no me importaba. Ese día tenía una sensación especial.

Al llegar a la plaza me encontré con Mercedes. Sus sonrojadas mejillas reflejaban la frescura de aquella fría tarde invernal. Sus enormes ojos grises y su largo vestido negro reflejaban su tristeza.

A pesar de la difícil época que me tocó vivir. Yo sen-

tía que no me faltaba nada en la vida. Sentía que lo tenía todo. La guerra había pasado por allí hace unos años y no había conseguido arrebatar me a ninguno de mis seres queridos; mis hermanas y yo crecíamos fuertes y sanas a pesar de los avatares de aquella época.

Las duras imágenes de la Guerra Civil se habían grabado a fuego lento en mis retinas, sin embargo, a pesar de todo, podía y debía sentirme afortunada.

A diferencia de mí, Mercedes, mi mejor amiga, si había sufrido las duras consecuencias de la guerra en carne propia.

Mercedes, con tan sólo diecisiete años, se encontraba sumergida en una profunda depresión. La guerra le había arrebatado a su hermano Antonio que, dos años atrás, con tan sólo veinte,

había decidido luchar en el bando republicano.

Aunque había pasado ya un año desde al recepción de aquella fatídica carta que le comunicaba la muerte de su hermano, Mercedes se resistía a creer que ya nunca más lo volvería a ver. Antonio siempre había estado muy lleno de vida y ella estaba prácticamente segura de que nada ni nadie habría conseguido apagar su enérgica sonrisa.

Conocí a Mercedes tras la muerte de su hermano. Desde el primer momento, intenté sacarle una sonrisa; compartimos confidencias, alegrías y tristezas. Éramos las mejores amigas del mundo. Todos los días me iba a su casa y pasábamos noches enteras bordando a la luz de una vela.

Los días junto a ella se pasaban fugazmente y, podría

decir que, gracias a mí, su vida se hacía un poco más llevadera.

Aquel domingo, Mercedes y yo nos reunimos en la plaza a buscar un poco de sol tras largos días de lluvia.

De pronto, cuando nos encontrábamos charlando de nuestras cosas, apareció jadeando, el vecino de Mercedes que, muy sofocado y nervioso, sin articular palabra gritaba:

¡Mercedes...corre!...¡Ve a tu casa!

Mercedes y yo corrimos como nunca lo habíamos hecho, corríamos como si se nos acabara la vida, sin saber qué era lo que podía ocurrir. Las calles se hacían eternas.

Cuando por fin llegamos a casa de Mercedes, encontramos a su madre llorando. De repente, gire la cabeza y vi al joven más bello que jamás había visto. Mercedes se abrazó a él. Nunca olvidaré el brillo de sus ojos y sus gritos: *¡Antonio estás vivo!*

No podía creer lo que estaba viendo, aquél fue uno de los momentos más felices de mi vida. Jamás había visto a Antonio pero me sentía como si lo conociese de toda la vida.

La familia de Mercedes estaba feliz. Yo también.

Desde aquel momento, el secreto de la familia de Mercedes se convirtió en mi propio se-

creto. Lo hice tan mío que, hasta yo misma, a veces seguía pensando que Antonio había muerto en la guerra.

A partir de ese día, cada vez se hacían más constantes mis visitas a la casa de Mercedes. Me sentía como una más en la familia. Me encantaba escuchar las historias de Antonio, me encantaba ser testigo de toda su valentía. A pesar de su corta edad, había tenido el valor suficiente para fingir su muerte y regresar a casa. Se me caía la baba escuchándolo hablar.

Así, esa misma noche, me puse cuatro vestidos; uno encima de otro, cogimos nuestro carro y emprendimos rumbo a Francia.

Inevitablemente, me enamoré de él. Y él se enamoró de mí.

Así, tan sólo dos meses después, estaba todo listo para nuestra boda.

Mi madre me había tejido cuidadosamente un largo vestido negro de terciopelo. Era precioso (aunque pienses lo contrario).

Nuestra boda se celebraría a las seis de la mañana, como era habitual en aquellas familias que guardaban luto.

La familia Márquez seguía guardando luto, nadie podía enterarse de que Antonio seguía vivo. Incluso mi familia se enteró de que mi prometido era él, horas antes de mi enlace.

Radiante de felicidad me dirigí bien temprano a la iglesia central del pueblo, acompañada de mis padres y hermanas. Cuando llegué a la iglesia, aún no había llegado Antonio.

Mercedes esperaba junto al altar, estaba guapísima con su velo negro. Ella también estaba radiante.

Me abrazó y me dijo *¡Que seas muy feliz, amiga!*, me agarró fuertemente de la mano y nos sentamos juntas a esperar a Antonio.

Esperamos durante una media hora, pero Antonio no venía. El cura dijo que ya no esperaría más.

De repente, cuando me encontraba al borde de un ataque de nervios, la puerta central de la iglesia se abrió y apareció Antonio. Tenía los ojos hinchados y las sábanas señaladas en la cara. Se había quedado dormido.

Corrió por el pasillo de la iglesia y me abrazó susurrándome al oído *¡Nunca más me volveré a separar de ti!*

Así fue nuestra boda. No hubo lugar a mucha celebración porque ninguna persona ajena a nuestras familias podía enterarse de nuestro secreto.



Los tiempos que corrían tampoco eran los más fáciles.

Así, esa misma noche, me puse cuatro vestidos; uno encima de otro, cogimos nuestro carro y emprendimos rumbo a Francia.

Nos acompañaban dos muchachos que, como nosotros, partían al exilio.

Esa misma noche Antonio pasó a llamarse Antoine. Su vecino el sastre se había ocupado de falsificar cuidadosamente su documentación y, a partir de entonces, Antonio tendría nacionalidad francesa. Ese pequeño papelito era nuestro salvoconducto para poder vivir en la tierra gala.

El viaje fue bastante duro. Salimos a monte traviesa y por caminos de montaña.

El viaje hasta Barcelona fue interminable. A veces caminando, a veces en mula, a veces en tren...Pasamos muchísima hambre.

En Barcelona cogimos un tren con destino a Francia. Viajamos como ganado, en vagones sin asiento. El ambiente en el tren no era para conversar. Ninguno de los pasajeros llevaba mucho equipaje ni tampoco mucho ánimo para hablar.

Cuando llegamos a la estación de Ripoll, a tan solo sesenta kilómetros de la frontera con Francia, nos encontramos con dos parejas de la guardia civil que nos dijeron que no podríamos continuar nuestro camino en tren.

En ese momento empezaron las grandes dificultades. Todos los pasos fronterizos con

Francia estaban controlados por las tropas franquistas. Mi marido y yo decidimos separarnos de los otros dos jóvenes que nos acompañaban. La única forma de atravesar la frontera era cruzando a pie los Pirineos.

Fue bastante difícil. Caminamos durante varios días. Los caminos se perdían cubiertos de nieve. Además, en varias ocasiones tuvimos que escondernos tras los matorrales para evitar que las patrullas de carabineros nos vieran. Ya varias personas nos habían advertido que los carabineros no se lo pensaban mucho a la hora de disparar.

Nunca olvidaré esa extraña sensación que sentí cuando Antonio me dijo *María, aquello del frente, al otro lado de la montaña, aquello es Francia, ¡lo hemos conseguido!*



Bajamos la montaña a trompicones, cada vez estábamos más cerca de nuestro sueño y estábamos impacientes por llegar. A pesar de que ya había pasado lo peor yo tenía muchísimo miedo. La única opción que tenían los que llegaban a Francia era volver a España o a un campo de concentración.

Sin embargo, la suerte estuvo de nuestro lado desde el momento en que pusimos pie en tierras francesas.

Al otro lado de la montaña, nos encontramos con un pequeño caserío. Antonio no se lo pensó un segundo y entró. No hubo lugar a mucha discusión. Él tenía un buen presentimiento.

En aquel caserío habitaba un anciano pastor y su esposa que desde el primer momento empezaron a hablarnos en español. Nos hicieron sentir como en casa, nos ofrecieron comida y un sitio donde pasar la noche. La esposa del pastor era española y, casualmente, no éramos los primeros refugiados a los que iba a prestar su ayuda.

Así, gracias a la ayuda del pastor y su esposa, supimos como llegar a Toulouse donde nos reuniríamos con un viejo amigo de Antonio que le había buscado trabajo en una fábrica de motores.

En cuestión de horas llegamos a Toulouse.

Pronto encontramos una pequeña habitación a las afueras de la ciudad.

No recuerdo muy bien como nos habituamos a la vida francesa pero sé que, a pesar de las múltiples dificultades que nos encontramos al principio, fuimos muy felices allí.

Aprender la lengua no fue demasiado complicado, en cuestión de un par de meses allí, me sentí como una más. A las pocas semanas de mi llegada me quede en estado.

Cuando supe que estaba embarazada sentí más que nunca añoranza por mi tierra y por mi fa-

Ella lo mira pero, desgraciadamente, él no recibe la caricia de sus ojos. Ella tiene la mirada perdida y sus ojos se han vuelto grises.

milia. Me pasaba tardes enteras llorando, me daban ganas de gritar a los cuatro vientos para que mi familia supiese que habíamos llegado bien allí y que pronto seríamos tres miembros en la familia. Gritaba, pero estaba demasiado lejos y mi familia nunca podría oírme.

Los tiempos que corrían en Francia tampoco eran los mejores pero yo sabía que, al menos durante un tiempo, sería imposible regresar a España.

Ya no puedo contarte más, no recuerdo cuántos años

viví en Francia o si aún sigo viviendo allí. No recuerdo si tuve a mi hijo o si tuve más hijos. No sé donde estoy, ni siquiera puedo recordar mi nombre. ¿Qué me está pasando muchacha?

Así es como mi abuela María, llorando y al borde de un ataque de nervios, intentaba hacerme testigo de sus pocos recuerdos.

Su mente, como sus recuerdos, se ha quedado en el exilio.

Mi abuela ya no recuerda que, treinta años más tarde, regresó con mi abuelo y con sus tres hijos a España. No recuerda que tiene siete nietos y dos biznietos. No recuerda lo que luchó por sacar a su familia adelante.

Hoy, junto a ella, como siempre, está sentado mi abuelo, su compañero durante más de tres décadas, al que ahora llama papá.

Mi abuelo llora de felicidad al saber que ella aun recuerda como se conocieron.

La mesita del salón está llena de fotografías de sus nietos y biznietos que ella misma colocó pero que ahora es incapaz de reconocer porque están allí y porque le sonríen esos extraños personajes.

Aun recuerdo cuando empezó todo. Fue hace unos dos años más o menos.



Mi abuela empezó a tener frecuentes despistes, a olvidar donde había dejado las llaves o que había dejado la comida en el fuego. Un día vino de visita a nuestra casa y fue incapaz de encontrar el camino de vuelta.

“No sé donde tengo la cabeza”, decía ella.

Aun recuerdo las duras palabras de aquel médico *“María está enferma de Alzheimer”*.

En aquel momento, no supe de que se trataba, el diagnóstico de la enfermedad no había sido nada sencillo. Con el tiempo aprendí que es una enfermedad neurodegenerativa que afecta a capacidades como la memoria, el razonamiento, el lenguaje, etc. y que hace que el enfermo pase a depender, progresivamente, de los demás para desarrollar sus actividades de la vida diaria.

En estos dos años han cambiado mucho las cosas.

Cuidar a mi abuela y hacer que se sienta feliz no es una tarea fácil pero mi abuelo no le pesa.

Desde hace unos meses mi abuela está en una asociación donde hay personal especializado en el tratamiento de este tipo de enfermos. Allí ayudan a los familiares y nos informan de muchas cosas y así aprendemos a soportarlo mejor con la ayuda de personas que están en nuestra misma situación.

Toda mi familia está volcada en el cuidado de mi abuela.

Mi abuelo, a pesar de su avanzada edad, dedica las veinticuatro horas del día a cuidarla recordando todo aquello que a ella le gustaba. Está tan enamorado como el primer día, él está seguro de que algún día podrá derribar la infranqueable barrera que aísla a mi abuela del mundo.

Cuidar a mi abuela y hacer que se sienta feliz no es una tarea fácil pero mi abuelo no le pesa. Él la mira con los mismos ojos que el día que la conoció y le cuenta todos los días los momentos vividos junto a ella en Francia.

Ella lo mira pero, desgraciadamente, él no recibe la caricia de sus ojos. Ella tiene la mirada perdida y sus ojos se han vuelto grises.

Mi abuela, al igual que su mente y sus recuerdos, ha partido de nuevo al exilio.



CARLOTA

Paula Maqueda Vílchez

Segundo premio del
Certamen de Relato Corto "La Luciérnaga"
Paula Maqueda Vílchez



Llegué aquel día del colegio, estaba desesperada. Aquel día había sido especialmente horrible, si mis compañeros normalmente me trataban mal aquel día habían superado el límite. Esa barrera invisible que yo misma me había trazado. Pero no podía hacer nada, no podía pedir ayuda a nadie así que tendría que seguir soportando la situación. Tenía miedo, mucho miedo. Mientras subía a mi habitación para soltar la mochila escolar recordé que no había nadie en casa, hoy mis padres llegarían tarde de trabajar así que seguiría sola toda la tarde. Solté la mochila y me senté en el borde de la cama, cerré los ojos y empecé a recordar los sucesos del día...

Me había levantado sobresaltada, empapada en sudor tras una mortífera pesadilla que me había impedido dormir bien durante la noche. Normalmente no descansaba bien ya que las pesadillas me sacudían cada noche sin piedad y en mi cara era acostumbrado el ver unas surcadas ojeras bajo mis ojos. Había saltado de la cama y me había dado una ducha como todas las mañanas. Me había vestido con el uniforme escolar y me había peinado haciéndome una coleta, también como cada mañana. Había cogido mis cosas y había salido de casa sin desayunar. Antes de llegar al colegio había tenido la impresión de que aquel día iba a ser diferente... Incluso

ahora, de tan solo recordarlo, un escalofrío me recorrió la espalda y se me hizo el habitual nudo en la garganta. Seguí recordando cómo había llegado al colegio y me había dirigido a mi clase. Por los pasillos ya habían empezado a murmurar y a dirigirme insultos, lo acostumbrado de cada mañana. Había pasado de ellos como siempre, había abierto la puerta de mi clase y me había sentado en mi sitio. Las malas miradas y las risitas maliciosas se repitieron hasta que sonó el timbre que indicaba el inicio del recreo. Había pensado en irme al servicio a comerme el bocadillo y luego leería un rato en la biblioteca hasta que volviera a clase. Pero aquel día mis 'queridos' compañeros de

clase me habían seguido hasta la biblioteca y habían empezado a lanzarme libros.

Me habían hecho daño. Furiosa volví a tocarme los moratones que me habían provocado los libros al chocar contra las distintas partes de mi cuerpo. Nunca habían llegado hasta ese punto, nunca habían pasado de los insultos verbales, pero de ahí a tirarme libros... habían traspasado el límite. Después de ese lamentable suceso había salido corriendo y al acabar las clases había vuelto, también corriendo, a casa.

Abrí los ojos. Me di cuenta de que los tenía llenos de lágrimas y el nudo en la garganta me apretaba aún más. No pude soportarlo más y rompí a llorar. Lloré amargamente y no podía parar, había perdido el control de mis propias emociones. No me apetecía almorzar así que me quedé tumbada en mi cama gran parte de la tarde. Cada vez que volvía a recordar la humillación que había sentido y el daño que me estaban haciendo las lágrimas volvían a aflorar mi rostro y seguía llorando. Me levanté de la cama, me dirigí al baño y cogí una cuchilla de afeitarse. La dirigí hacia mi muñeca, y, con el pulso tembloroso me hice un profundo e irregular corte en el brazo. Al ver la sangre gotear al suelo me fui relajando. De alguna manera, de aquella forma la ansiedad desaparecía y yo me sentía mejor. Lo recogí todo, limpié la sangre y volví a mi dormitorio. Hice los deberes muy deprisa y cuando estaba acabando oí las llaves de mi madre dar vueltas en la cerradura. Recogí los libros y los volví a meter en la mochila. Después me miré al espejo: ya no tenía la nariz roja, y de

mis ojos se había borrado todo rastro de llanto. Al mirarme los brazos y ver los cortes, algunos de días atrás, me sentí un poco culpable, sabía que aquello no estaba bien. Me bajé las mangas de la camisa y bajé a ver a mi madre. Estaba soltando su abrigo en la percha, sonrió al verme y me abrazó.

-¿Qué tal hoy el día pequeña?- me preguntó.

- Bien- mentí. No podía contarles nada a mis padres, no quería que se preocupasen.

Me habían hecho daño. Furiosa volví a tocarme los moratones que me habían provocado los libros al chocar contra las distintas partes de mi cuerpo.

- Genial, cuando llegue tu padre prepararemos la cena, ¿De acuerdo?

- Vale mamá- dije, y sonreí. No sabía como los músculos de mi cara pudieron componer una sonrisa en aquellas circunstancias, lo que sí sabía es que mi madre debía pensar que iba todo bien. No quería ni imaginar lo que aquellos horribles niños me harían si mis padres se enteraban...

Al llegar mi padre lo saludé también y él se dirigió a la cocina a ayudar a mi madre con la cena mientras yo ponía la mesa. Nos sentamos en la mesa y empezamos a cenar. Yo no tenía ni

pizca de hambre, aunque no había comido nada desde el bocadillo de media mañana. El nudo que tenía en la garganta se había desplazado al estómago y me había anulado por completo el apetito. Mi padre, al notar que no comía, me preguntó:

- Carlota cielo, ¿Te ocurre algo?

- No papá, es que he me rendado hace poco- mentí.

-Bueno hija pero algo tienes que cenar, terminate la sopa al menos, ¿No?- me dijo mi madre.

- De acuerdo...- respondí. Y decidí tomármela para no seguir preocupándolos.

Después de cenar les deseé las buenas noches y subí a acostarme. Me puse el pijama, me cepillé los dientes y me metí en la cama con el ipod. Últimamente escuchaba mucho la música de Demi Lovato. Protagonizaba mis películas preferidas y sus canciones me parecían preciosas y llenas de sentimiento. De alguna manera me identificaba con Demi: Ella, antes de ser famosa y conocida también había sufrido bullying de pequeña, y ese dato que teníamos en común me hacía tenerle más cariño a ella que a cualquier otra cantante que me gustase. Puse la carpeta con sus canciones en aleatorio y comenzaron a sonar los acordes de 'Believe in me' Creer en mí... tal vez debería creer un poco más en mí, intentar solucionar mi problema, ser valiente y afrontarlo, dejar de esconderme y de mantener en secreto el acoso que sufría por culpa de mis com-

pañeros. Como decía la canción: 'No quiero tener miedo, quiero despertarme y sentirme genial, solo tengo que creer en mí...' Que razón tenía, pero por muchos sentimientos que despertaran esas letras en mi interior nunca iba a reunir el valor suficiente para alzar la voz, seguiría callada, escondiéndome siempre. Mientras pensaba todo aquello, las lágrimas, esas perlas gotitas saladas que yo últimamente tanto derrochaba, rodaban silenciosas de nuevo por mis mejillas. Recordé la línea que yo misma me había trazado y comprendí que no había sido sobrepasada. En caso afirmativo yo hubiese tenido el valor suficiente para enseñarle a mis padres los moratones y contarles todas esas cosas terribles que me decían los de mi colegio. Pero no lo había hecho, me había vuelto a callar...

Me dormí de puro agotamiento y volví a sumergirme en una nueva pesadilla... 'Estaba en la biblioteca del colegio cuando llegaron mis compañeros, pero ellos no tenían forma humana, sus cabezas eran grandes y verdes, con los ojos rojos inyectados en malicia, lenguas bífidas y colmillos gigantes. Sus manos eran afiladas garras y sostenían flechas con las puntas muy afiladas. Me las lanzaban y se clavaban en mis piernas, brazos, en la cara,... sangraba y gritaba ¡BASTA! Pero ellos solo se reían y me lanzaban nuevas flechas...'.

Desperté con lágrimas en los ojos, hecha un ovillo con las sábanas. Gotas perladas de sudor adornaban mi frente y el corazón me iba a mil por hora. Había sido una pesadilla terrible y aún la tenía muy vívida por lo que de un

salto salí de la cama y me fui a duchar. Repetí las cosas exactamente como cada mañana, pero a la hora de peinarme no me apetecía hacerme mi habitual coleta. Quería hacerme algo nuevo, romper un poco la típica y monótona rutina de cada día y pensé en dejarme el pelo suelto. No solía hacerlo pero me solté los rizos, que cayeron en cascada por mi espalda. La verdad es que me veía bien con ese aspecto y pasé de la coleta aquel día. Eso tuvo unas terribles consecuencias...

Cuando llegué al colegio todo el mundo me volvió a mirar con la misma mala cara de siempre y oí que una chica alta de mirada amenazante le decía a su amiga:

- Mira como va Carlota hoy, ¿Se creará modelo o algo por el estilo?

Y me miraron burlonamente al mismo tiempo que se reían cruelmente y se iban empujándome al pasar. Me senté en mi sitio, deprimida. ¿Qué narices les importaba a ellas lo que yo me hiciera en el pelo? ¿Les había hecho algo a ellas o a cualquier otra persona de aquel estúpido colegio? Desde el primer día que había puesto el pie en este espantoso lugar me habían tratado mal. Durante los cinco meses que llevábamos de curso se habían dedicado a hacerme la vida imposible y yo lo único que me preguntaba era el porqué. Pero decidí dejarlo estar.

Durante toda la clase volví a oír comentarios sobre mi pelo, e hice oídos sordos. Realmente no merecía la pena que los escuchase.

Lo verdaderamente malo llegó cuando salimos al recreo. Yo, como siempre, me dirigí al baño de chicas a tomarme mi sándwich. Entré y, de pronto, cerraron la puerta muy fuerte detrás de mí. Oí la llave girar en la cerradura y después todo quedó a oscuras y en silencio. Empecé a sentir mucho miedo. Alumbré con la débil luz de la pantalla de mi móvil a mi alrededor y encontré un papel que habían pasado por debajo de la puerta. Era una nota que decía: '¿En serio te crees guapa Carlota? ¡Ahí te quedas tonta!' Arrugué la nota y la tiré a la basura junto con mi sándwich. Realmente le tenía miedo a la oscuridad y empecé a sentir claustrofobia por estar en un sitio encerrado. Volvió a aparecer el nudo en mi garganta y comencé a sollozar. ¿Cómo podían tener tanta maldad esos chicos? ¿No tenían corazón? ¿Cuánto tiempo me dejarían allí a oscuras? Empecé a gritar y a darle patadas a la puerta, pero no había manera de abrirla y no parecía que nadie me escuchara. Lloré más fuerte cuando oí el timbre que anunciaba el fin del recreo y temí que me dejaran allí y se fueran a casa. Mis temores se confirmaron, cuando, dos horas más tarde el timbre volvía a sonar para indicar que las clases se acababan y, aterrorizada, no se me ocurrió otra cosa que llamar a mi madre. Ella se asustó bastante cuando oyó mi alterada voz por el auricular contándole que me había quedado encerrada en el servicio del colegio y me prometió que venía de camino. Media hora más tarde la puerta se abrió y mi madre y el conserje me miraron asustados. Yo salí corriendo a abrazarla. Después de preguntarme mil veces si estaba bien y de darle un millón



de veces las gracias al conserje por abrir la puerta me llevó a casa en coche.

-¿Qué ha ocurrido Carlota?- me preguntó seriamente.

-Nada mamá, debieron de creer que no había nadie en el baño y cerraron la puerta- odiaba mentirle a mi madre, pero no tenía opción.

-Pero cielo, ¿Cómo es que ninguno de tus amigos ha notado tu ausencia?- me miraba escrutándome con la mirada.

-¿Mis... amigos? Eh... pues no sé- contesté con evasivas.

-A decir verdad, nunca has traído a tus amigos a casa. Ya han pasado cinco meses desde que nos mudamos, ¿Aún no tienes suficiente confianza con ellos? Las preguntas cada vez se hacían más difíciles de responder y yo estaba perdiendo las riendas de la situación.

-Eh, mira mamá, sabes que soy tímida y que me cuesta hacer amigos. Aún es pronto para traerlos a casa.

-No sé hija. ¿Se han portado bien contigo? ¿Te han ayudado a integrarte en las clases y eso?

- ¡Claro mamá!- solté con una voz demasiado aguda, y con una sonrisa forzada añadí -Se portan genial conmigo, de verdad.

Una risa amarga se con- tuvo en mi garganta. Sí, claro, se

portaban genial conmigo: me insultaban, empujaban, hacían dibujos groseros en la pizarra, me tiraban bolas de papel arrugadas, me mandaban notas con insultos, por no hablar de que ayer me tiraron libros y hoy me habían encerrado en el servicio. ¿Algo más? Todas estas palabras pugnaban por salir de mi boca, pero haciendo un esfuerzo descomunal me callé y continué con mi sonrisa forzada, que poco a poco fue resbalando por mi rostro hasta convertirse en mi habitual mueca inexpresiva. Mi típica 'cara de póker' como decía mi padre.

Llegamos a casa y mi madre fue a prepararme una tila.

- Oh, vamos mamá. En serio, estoy bien.- le dije poniendo los ojos en blanco.

-Si claro. Por eso te siguen temblando las piernas.- me reprochó.- Anda, siéntate en el sofá y ponte una película, que yo te hago la tila y me vuelvo al trabajo, ¿Eh?

-Vaaale.

Me dirigí al salón pensando en qué película podría poner. La verdad es que no me apetecía ver ninguna. Lo único

Pero sólo era eso, una película. Algo que nunca ocurriría en la vida real, en mi vida real. Que desgraciada que era mi vida.

que quería era ir corriendo hacia mi madre, deshacer mi nudo del estómago llorando sobre su hombro y contarle toda la verdad, todo lo que había pasado en estos cinco meses, todo lo que mis compañeros de clase me hacían. Pero mi madre me trajo la tila, puso los ojos en blanco cuando le dije que iba a ver Camp Rock otra vez y me dijo que iba a terminar aborreciendo la película. Aún tardó otro rato en irse porque no quería dejarme sola, pero prácticamente la obligué a irse después de repetirle un millón de veces que me encontraba perfectamente y de bromearle que Demi Lovato y los Jonas Brothers me esperaban en Camp Rock, a lo que ella rió y se fue más tranquila. Cuando me encontré de nuevo sola en el salón me bebí la tila y puse la dichosa película para distraerme un rato. La verdad es que Camp Rock me encantaba, principalmente porque la protagonista era Demi Lovato. Pero también me parecía mi historia ideal: ¿Quién no querría irse a un campamento de verano y volver con un puñado de amigos y habiendo demostrado allí lo que realmente vales? Por no hablar de una bonita historia de amor... Pero sólo era eso, una película. Algo que nunca ocurriría en la vida real, en mi vida real. Que desgraciada que era mi vida. Las chicas de mi colegio no se daban cuenta de que yo era una chica normal, una chica como ellas, con sueños normales, sueños que me gustaría compartir con esas amigas inexistentes que tenía y, con el paso del tiempo reírnos de aquellas cosas que nos parecían importantes con cierta edad. Crecer y encontrar el amor. En resumen, una adolescencia completamente normal. Pero yo carecía de esas perfectas etapas

de la vida. ¿Tendría alguna vez la oportunidad de cambiar mi vida? En seguida deseché esas ideas que volaban por mi mente y aterricé en la cruda realidad. 'Ahora tu vida es esta Carlota.' Me dije a mí misma y subí a ducharme. 'Con un poco de suerte quizá me ahogue en la bañera...' pensé irónicamente. Cualquier cosa antes de volver al colegio. Pero mis padres llegaron, cenamos y subí a acostarme. En nueve horas el despertador estaría sonando para devolverme a la cárcel de la tortura, así es como me parecía a mí el colegio.

A las nueve en punto de la mañana volvía a estar con mi mochila al hombro en la puerta del colegio. Mis piernas volvían a temblar al recordar la última vez que había pisado aquel suelo. Realmente, después de los sucesos del día anterior le tenía pánico a lo que pudiesen hacerme mis compañeros de clase. Yo pensaba que solo se trataba de insultos y cosas así que pudiese soportar. Pero en los dos últimos días me había dado cuenta de que lo que tenían aquellos niños en el cuerpo era maldad pura, y por mí mente pasaban infinidad de cosas atroces que podían hacerme. Había experimentado que aquellos chicos no se andaban con tonterías, no tenían ni pizca de piedad y por lo que veía su maldad no tenía límites.

Tras esas reflexiones me dirigí a mi clase temblando como un flan. Al llegar, la chica de mirada amenazante que se había reído de mí el día anterior me susurró al oído:

-Hola Carlota, ¿Ya se te han quitado las ganas de ir con la



melena al viento?- y se marchó riendo, tirándome de la coleta al irse.

Me escocían los ojos, volvía a tener ganas de llorar. Pero la mirada de advertencia que me lanzó aquella chica parecía decir 'Como seas capaz de llorar en la clase...' Y prefería poner puntos suspensivos porque no quería volver a pensar en todas las atrocidades que podía hacerme. Así que enterré mis sentimientos en lo más profundo de mi ser y me esforcé por atender en clase.

No desayuné nada en el recreo. Ni por asomo se me ocurría el volver a meterme en el ser-

vicio así que me dirigí a las soleadas pistas en las que había algunos niños de mi clase, eran los que siempre me lanzaban bolas de papel, jugando al fútbol. Me senté sola en un banco cercano a esas pistas y pensé 'Al menos aquí no me pueden encerrar' Lo que me hicieron fue mucho peor. Solo recuerdo que al despertar estaba en la enfermería del colegio con un gran bulto en la cabeza.

-¿Qué me ha pasado?- le susurré a la enfermera, que se encontraba a mi lado.

- No te preocupes Carlota. Los compañeros de tu clase,

que son unos brutos y te han dado un balonazo tan fuerte que te has caído del banco dándote un golpe en la cabeza.- me contó.

-Estoy muy mareada...

-Tranquila, te he puesto hielo en el lugar del golpe y tu padre está en camino, viene a recogerte, una tarde de reposo y mañana ¡Como nueva!

En ese instante llamaron a la puerta y apareció mi padre. La enfermera se lo había contado todo por teléfono así que sin hacer preguntas me cogió en brazos (seguía mareada como para caminar), se despidió de la enfermera y me llevó a casa. Me acostó en la cama y casi al instante me dormí. Seguía confusa y conmovida por el golpe.

Abrí los ojos, veía borroso. Parpadeé varias veces y todo se tornó más claro a mi alrededor. Estaba en mi dormitorio y mis padres se encontraban a ambos lados de mi cama. Los miré y mi madre comenzó a hablar:

-Carlota hija, ¿No crees que te metes en líos con demasiada frecuencia?

-¡Mamá! ¡Yo no tengo la culpa de que la pelota me golpeará! ¡Ni de que me quedara encerrada en el baño!

-Cielo, lo que tu madre intenta decirte es que debes ir con los ojos más abiertos, nosotros trabajamos y no podemos ir a recogerte al colegio todos los días, ¿Comprendes? - añadió mi padre.

No podía dar crédito a lo que oía, ¿Cómo podían mis pa-

dres decirme esas cosas? Pero claro, ellos en realidad no sabían nada... Me dí cuenta de que mi padre seguía hablando:

-... un poco más de atención, pero no podemos desperdiciar el día porque a ti te haya golpeado una pelota.

-¿Eh?- no lo había entendido.

-¡Carlota! ¿Quieres prestar atención?- me gritó mi madre.

-Lo siento, ¿Qué decías papá?- volvía a tener el nudo en la garganta, no sabía a qué se referían mis padres y apenas podía hablar.

-Decía que si lo que intentas es reclamar un poco de atención no puedes ir por ahí encerrándote en los baños o poniéndote en medio de un partido de fútbol, porque nosotros trabajamos todo el día.

No podía dar crédito a mis oídos, ¿Realmente mis padres pensaban así? Me sentía aturdida, dolida, mareada y muy molesta. ¿Merecía la pena todo lo que estaba sufriendo por ocultar el acoso que sufría? ¿Debían tomarme mis padres por una niña reclamadora de atención en lugar de por una chica valiente que se había atrevido a contar su problema de bullying y haber pedido ayuda? No tenía opción. Por un lado estaba el contar la verdad, con el miedo de que mis compañeros de clase tomaran represalias, y por el otro lado estaba el seguir viviendo con mi problema oculto, con la frustración de que mis padres sacaran sus propias conclusiones equivocadas... Re-

cordé la línea que marcaba mi límite de paciencia, y me sorprendió el ver que ya no existía tal línea, al fin y al cabo solo había sido producto de imaginación, algo que yo me había obligado a aguantar. Pero había desaparecido y eso solo indicaba que había llegado el momento de hablar...

Como llevaba un rato sumida en mis cavilaciones no me había dado cuenta de que mis padres se habían marchado de la habitación. Bajé al salón y me los encontré viendo la televisión. No sabía por donde empezar, no recordaba el principio de aquella pesadilla, que pese a haber comenzado cinco meses atrás, parecía que llevaba durando toda una vida. Pero por fin el torrente de palabras que siempre había retenido en mi garganta pudo salir y empecé a hablar atropelladamente, contándolo todo: lo que me habían hecho pasar mis compañeros, mis reflexiones, las autolusiones, las mentiras... Mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. Mis padres me miraban con ojos como platos, incrédulos y escuchando con atención cada cosa que decía. Pasamos gran parte de la noche hablando, obviamente ellos tenían mucho que preguntar y responder al respecto y yo, una vez iniciada, no podía parar. Cada vez que les explicaba algún recuerdo especialmente doloroso o humillante un escalofrío me recorría de pies a cabeza. Al final, exhausta y feliz por haberme atrevido a hablar, me quedé dormida.

Parecía que llevaba dos minutos dormida cuando mi madre me sacudió levemente del hombro.

-Carlota cielo- susurró-
Hora de ir al colegio.

Abrí los ojos y me levanté rápidamente. Aquel día todo iba a ser diferente. Mis padres me acompañarían al colegio e irían a hablar con la directora. Aquellos niños pagarían por lo que me habían hecho, y yo iba muchísimo más tranquila.

Cruzamos las verjas del colegio y entré sin vacilar. Me sentía segura. Mis padres se dirigieron al despacho de la directora mientras yo me iba feliz a mi clase. En el pasillo me encontré con la chica de mirada amenazante que tantos malos tragos me había hecho pasar, y le devolví la mirada firmemente, ya no estaba asustada. Noté algo raro en sus ojos esta vez, tal vez un ligero punto de locura. Se acercó rápidamente a mí y no pude evitar el sentirme inquieta.

-¿Qué hacen aquí tus padres?- me espetó.

-Hablar con la directora, jamás volveréis a tratarme mal.- le respondí, mostrando en mi voz mucho más valor del que sentía en realidad.

La chica dio un rugido de rabia y me metió en un aula cercana que estaba completamente vacía, a excepción de una vieja pizarra que ya nadie usaba. Me agarró del cuello y acercando mucho su cara a la mía, tanto que podía sentir su aliento, me susurró:

-Te lo advertí Carlota, no quería líos. Haber, ¿Qué hago yo ahora contigo?- me dijo burlesco.

Yo no podía hablar, sus manos me apretaban el cuello tan fuerte que me impedía la respiración.

-¡Te he hecho una pregunta!- bramó.

Carlota estaba extremadamente pálida y sus ojos estaban abiertos como platos, pero ella era incapaz de ver nada. La chica apartó los dedos de su cuello, horrorizada. Acababa de darse cuenta de lo que había hecho. Aterrada salió del aula gritando, dejando allí el cuerpo sin vida de Carlota. Llegó al despacho de la directora, donde ésta estaba reunida con los padres.

-L-la... l-la h-e... m-matad-do...- susurró.

Todo lo que ocurrió después fue muy confuso. Sus padres y la directora salieron corriendo de la estancia mientras la última llamaba a una ambulancia. Los alumnos habían visto el cuerpo de Carlota en el suelo del aula, pero ninguno se había atrevido a entrar. En parte, el que la pequeña se encontrase ahí, tumbada y sin vida era culpa de todos. Todos los que nunca tuvieron una palabra amable hacia ella, los que le habían hecho el vacío o los que la habían insultado. A pesar de haber fallecido a manos del arrebato de ira de su compañera, que pagaría muy caro, el que Carlota hubiese acabado con ese final era cosa de todos sus compañeros.

Meses después de que todo se hubiese asentado, de que todos los telediarios hubiesen dado la noticia de la víctima del acoso escolar, meses después de que mucha gente llorara conmovida la muerte de esta niña, dos personas hablaban en el salón. Ese salón que una vez oyó la confesión del acoso de Carlota...

-La hecho de menos...- susurró una mujer, apenas le quedaban fuerzas para hablar, era incapaz de digerir aquella alteración de su mundo.

-Yo también...- le susurró su marido mientras le acariciaba el pelo.

-¿C-crees que si ella se hubiese atrevido a hablar antes, si sus compañeros no la hubiesen tenido tan aterrorizada, estaría ahora aquí con nosotros?- Era una pregunta que nunca se había atrevido a formular en voz alta. Sabía que su marido estaba tan afectado como ella por la muerte de su hija y no quería remover en la herida, en todo aquel dolor.

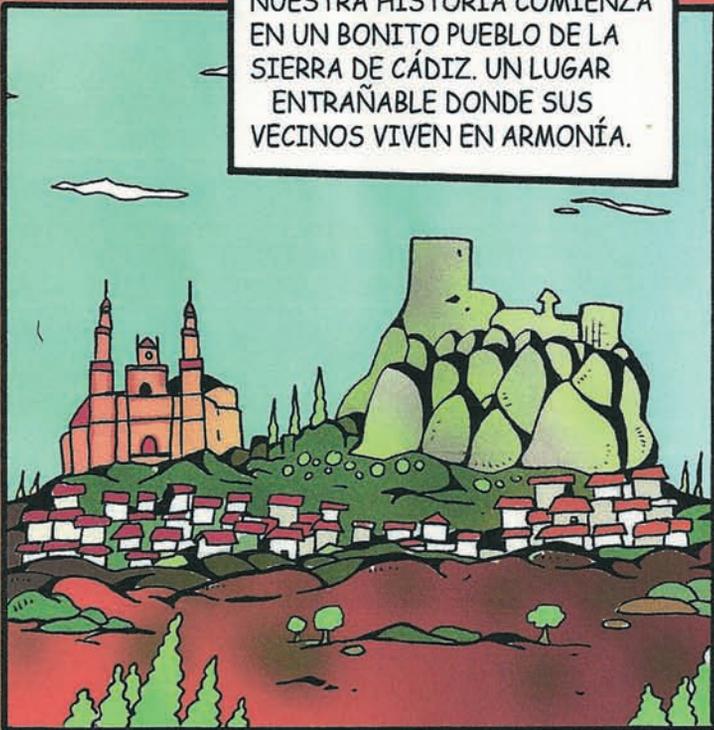
-No sabemos como pudieron haber sucedido las cosas, sabemos como sucedieron y no podemos andarnos con especulaciones de las que nunca tendremos una respuesta real. Sabemos que Carlota luchó hasta el final, fue valiente y habló a pesar del miedo que le inspiraban aquellos chicos y estoy muy orgulloso de ella. No sabemos lo que pudo haber ocurrido, lo que si sabemos es que teníamos, y siempre tendremos, una niña muy especial.- le respondió su marido. Y esta vez, no le tembló la voz al hablar.

-L-la... l-la h-e...
m-matad-do...-
susurró.

NINLU EL NINJA ANDALUZ

CONTRA: EL POLLO-HORNILLA

NUESTRA HISTORIA COMIENZA EN UN BONITO PUEBLO DE LA SIERRA DE CÁDIZ. UN LUGAR ENTRAÑABLE DONDE SUS VECINOS VIVEN EN ARMONÍA.



PERO ALGO TERRIBLE ROMPE EL EQUILIBRIO DE LA LOCALIDAD. UN SUCESO IMPENSABLE, UN ACTO MALVADO.



¡OSTRÁS! ¡HAN ROBADO TODAS LAS TORTAS DEL LUNES!



¡BUAAAA! ¡MAMÁ! ¡ME HAN ROBADO MI TORTAAAAAA!









EN CUESTIÓN DE MINUTOS
ACABÓ CON LAS GACHAS...



¡UF! MADRE
MIA...¡UF!

ESTOY QUE
NO PUEDO CON
MI PELLEJO

¡JA JA! ¡HAS CAIDO EN MI
TRAMPA! SE DICE QUE:
" JARTO GACHAS QUIEN
SAGACHA" ¡JE JE!.. ESTÁS
ACABADO AMIGO, SI
QUIERES MÁS, MI ABUELA
TIENE OTRA OLLA LLENA.
¡JE JE! ¡ANDA COME
GACHAS!



Y ASI TODOS
RECUPERARON
TAN PRECIADO
DULCE.



Y NUESTRO HEROE
ANÓNIMO CONSIGUIÓ
VENCER AL VILLANO
CON INGENIO...Y GACHAS!

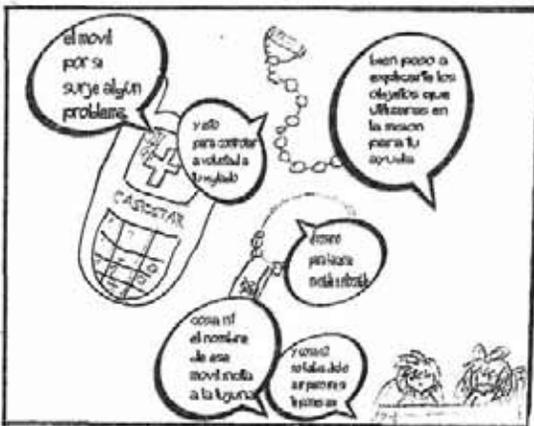


NO TE PREOCUPES,
AHÍ ESTÁN BUSCANDO
GENTE "APAÑÁ"

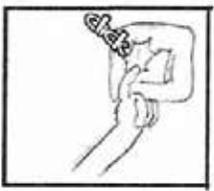
ES UN TRABAJITO
QUE TE GUSTARÁ...
¡VENGA ENTRA!

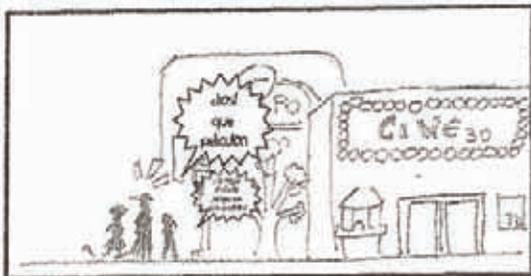
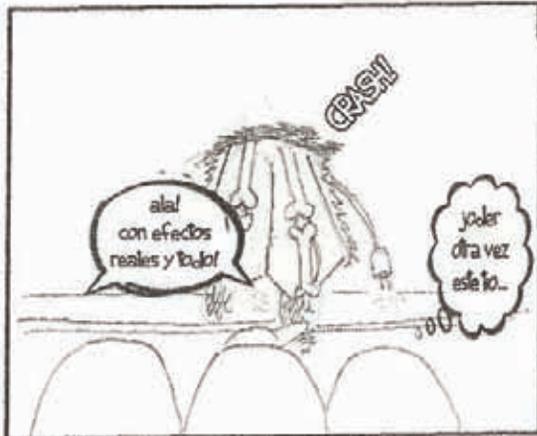


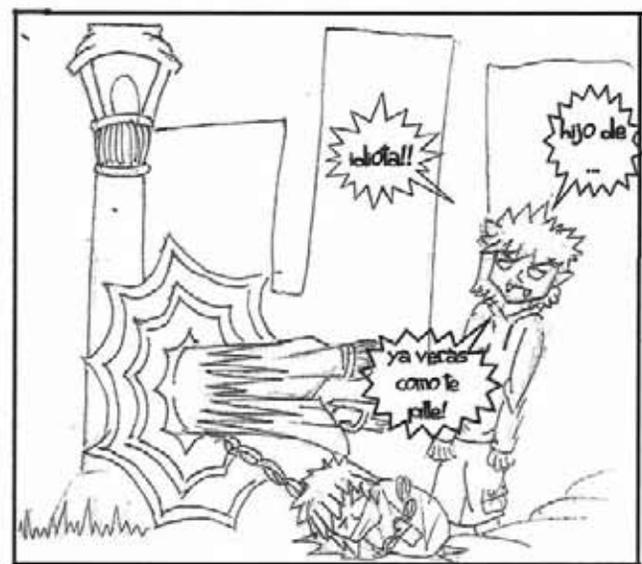
FIN

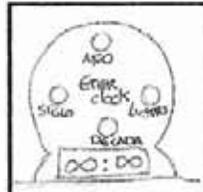


Los Ángeles de la Guardia S.A.
Rafael Rodríguez Montenegro
Segundo premio del Certamen de Cómics " La Luciérnaga "









Fin

ENTREVISTA A JUAN ZAMUDIO

El olvereño Juan Zamudio: uno de los mejores artistas marciales

Juan, es obligado señalar el mes de Octubre pasado como un hito muy importante en tu trayectoria. La prestigiosa revista Cinturón negro, te incluía en el Hall of Fame 2010 en el que se reconocía a nivel europeo tu labor de dedicación y difusión del JKD en nuestro país. ¿Qué ha supuesto para ti ese reconocimiento?

Bueno los premios y reconocimientos siempre se reciben bien, y a nivel de curriculum también es algo más en tu trayectoria que te puede servir.

Quizá para los que te conocen en tu día a día, y por tu carácter afable y tranquilo, pase inadvertido el hecho de que nos encontramos ante uno de los mejores artistas marciales del país. Semejante orgullo para nuestro pueblo, hace obligada la pregunta ..¿ Es Juan Zamudio profeta en su tierra?

Pienso que no, tengo el caso de estudiantes que se encuentran con gente en el pueblo y me conocen ya que soy de aquí pero la gente desconoce tu trayectoria marcial o lo que haces o

te dedicas. Suele pasar a menudo, es un poco irónico como vienen a entrenar conmigo gente de todo el territorio Nacional e incluso recibo peticiones de otros países como la India o México y aquí prácticamente no te conocen.

Hablando del Jeet Kune Do, al hacer referencia al mismo se habla siempre de que no se trata de un es-

tilo de arte marcial, sino que es más bien un sistema, un concepto para algunos, quizás una idea para otros ... ¿Cómo podrías definirlo de cara a los lectores ajenos al mundo de las artes marciales?

Jeet kune do es el arte marcial creado por Bruce Lee y se basa en las investigaciones que hizo



desde el año 1960 al 1973. Básicamente el jkd esta basado en boxeo, wing chun y esgrima occidental.

Bruce Lee era un científico de la lucha, todo lo probaba, pero también era un filosofo, era un adelantado a su época. Como el mismo diría su sistema es una forma de autoexpresión, al igual que cuando uno baila se está expresando con el baile en ese momento.

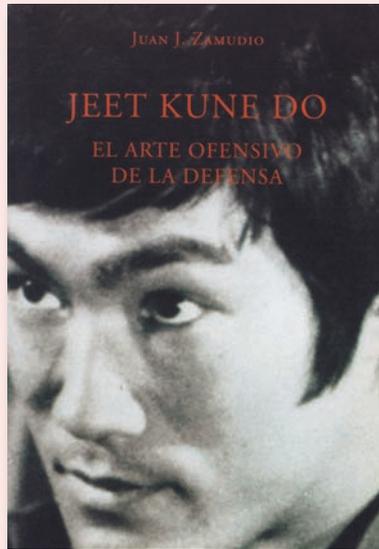
Luego puedes coger el material que tenia Bruce y adaptarlo a tu forma de expresarte luchando, bailando, cocinando etc. Son conceptos que puedes aplicar a la vida misma.

El Jeet Kune Do, está claro que aparece ligado a la figura de Bruce Lee. Muchos lo identifican como un icono del cine, pero pocos conocen su relevancia como artista marcial más allá del celuloide. ¿Podrías hablarnos un poco de las aportaciones de Bruce Lee como artista marcial?

Bien él fue un innovador y cambio muchas cosas no solo en las artes marciales, introduciendo protecciones y aparatos de entrenamiento, creo un sistema de lucha ecléctico; además en el cine fue el primero en llevar las películas orientales a occidente a la gran pantalla de Hollywood.

Una de las cualidades que los que te conocen

y entrenan contigo valoran es tu gran capacidad didáctica y tus dotes para la enseñanza. Tienes cientos de alumnos repartidos por



toda España e incluso el extranjero. Además eres reclamado constantemente para cursos, seminarios y clases privadas... ¿Cuáles crees que deben ser las cualidades fundamentales que debe reunir un docente para transmitir esta filosofía de arte marcial?

Siempre he defendido e inculco a mis alumnos, que ya son instructores y tienen sus propias escuelas, es que todo lo que seas capaz de expresar deberás de ser capaz de aplicarlo, de demostrarlo esa es la mejor manera de mostrar tu arte, tus conocimientos y la mejor manera de convencer a la gente que lo que haces es bueno y funciona.

Juan, son ya dos publicaciones de las que eres autor. Háblanos de esos libros, y de tu experiencia en

el mundo editorial.

Mi primer libro lo comprende toda mi experiencia que había acumulado hasta entonces con los diferentes estudiantes de Bruce y con mi maestro Felipe Mercado; en el segundo libro se publico hace un año y medio creo y este segundo es mi evolución como artista marcial y como persona me ha ayudado también mucho comprendiendo mejor los aspectos técnicos. Ahora quizás tengo una visión más real y simple de ver el arte.

Entre tu extenso bagaje se encuentra por supuesto tu experiencia como docente de defensa personal policial y profesor de la ESPA. Además combinas tu actividad dentro del Jeet Kune Do con un trabajo como vigilante municipal en el pueblo vecino de Torre Alháuquime, además de tener varios cursos y titulaciones en materia de seguridad, incluyendo el de escolta ¿Cuál es tu visión en general como instructor y como profesional en lo relativo a la seguridad? ¿Estamos en una sociedad violenta?

Bueno como instructor y como auxiliar de policía, tengo que decir que estando en una sociedad violenta el entrenamiento de la defensa policial es de vital importancia, por varias razones, la principal es la seguridad que te da esta práctica, segundo el tener ciertos cono-

cimientos puede evitar males mayores, así como la protección de terceros y la tuya propia. Creo sinceramente que debería de ser una práctica constante y obligada en los cuerpos de seguridad.

Es curioso que siendo una persona tremendamente pacifista seas uno de los mejores, y quizás ahora mismo el mejor exponente en España de un sistema que ante todo busca la efectividad máxima en la defensa personal...¿Es eso una contradicción?

No tiene por que serlo aunque pueda parecer, yo siempre digo que es aprender a pelear para no pelear, es una forma de

hacer hombres mejores, claro esta esto te lo da la practica ganando seguridad en ti mismo.

Has impartido también diversos cursos de defensa personal para la mujer ¿Es el mundo del Jeet Kune Do, machista o por el contrario la mujer tiene cabida en él?

Todo lo contrario al ser un sistema de defensa personal muy simple, es decir no requiere de una fuerza especial ni técnicas sobrenaturales es fácil asimilarlo y poder aplicarlo en una situación de riesgo si llega el caso. Lo recomiendo a toda mujer que quiera aprender ciertas nociones de jkd y que les puede servir de mucho.

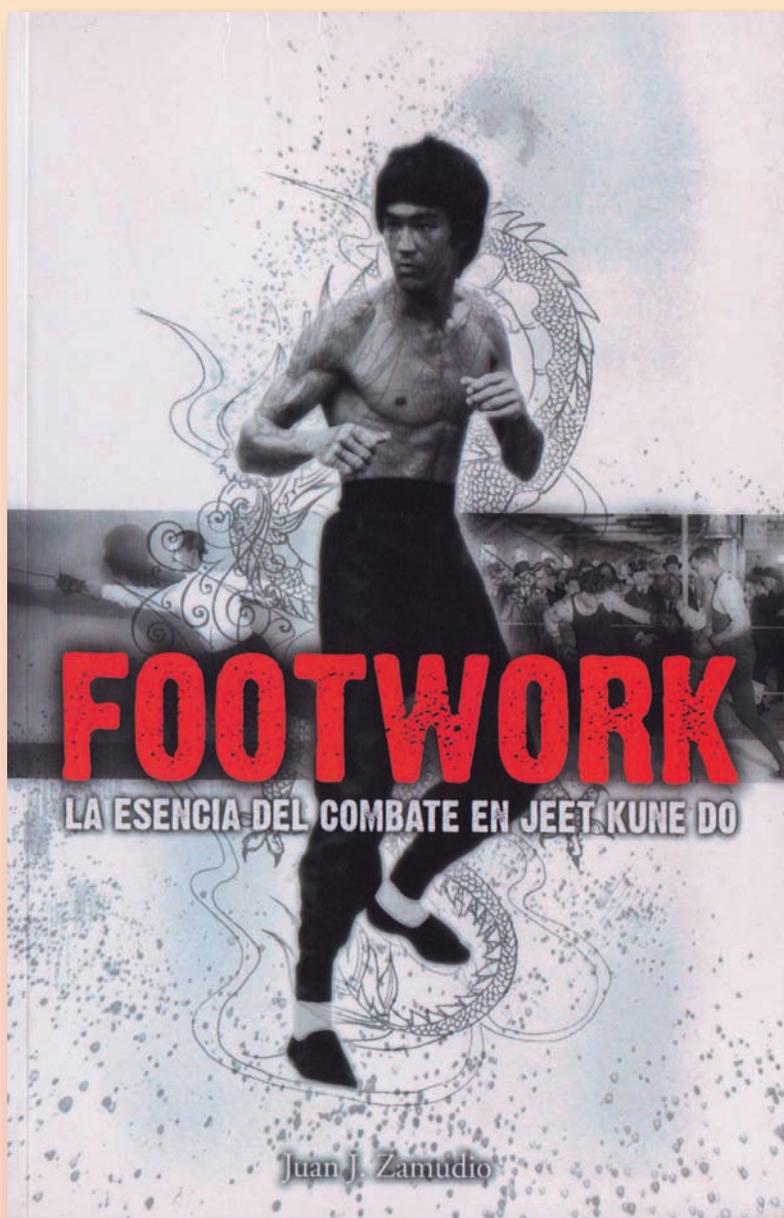
A nivel personal, ¿qué te han aportado y aportan las artes marciales y en especial el Jeet Kune Do para haber dedicado gran parte de tu vida ?

A nivel personal todo, yo he hecho del J.K.D una forma de vida, son principios que puedes aplicar a tu persona y tu forma de ver las cosas; es filosofía, es un entendimiento de la vida.

Has entrenado con numerosos maestros de artes marciales, ¿ De quienes guardas mejor recuerdo y quién te ha impresionado más?

He tenido la suerte de aprender de los mejores a nivel mundial, alumnos de Bruce como





Dan Inosanto, Richard Bustillo, Tim Tacquett etc; pero sin duda Ted Wong es el estudiante de Bruce que mas se parece a él y en cuanto a cualidades físicas mi último maestro de Escocia Tommy Carruthers, no he visto a nadie con esas cualidades.

Otro gran hito, para nosotros los que te conocemos supongo que fue cuando te vimos en vivo en la tele nacional en el pro-

grama Cuarto Milenio, del canal Cuatro, con Iker Jiménez. No sólo participaste como experto para hablar de Bruce Lee, sino que también hiciste una exhibición. Muchos críticos y distintos foros de artes marciales celebraron tu aparición... ¿Qué recuerdas de aquello? ¿Intimida la tele?

Bien aquello supuso un antes y un después para mí ya que

la tele es una de las mejores formas de publicitarte; a raíz de esto me llamaron para la Cope y otras cosas. Iker Jiménez es un gran profesional nos trataron muy bien; bueno me dieron mi camerino privado me sentía como un actor de cine. Cuando me llamaron de la Cuatro pensaba que era una broma ya que yo iba a ser entrevistado y mostrar a toda España el arte de Bruce, en la entrevista si que estaba un poco nervioso pero salió bastante bien.

Qué hace Juan Zamudio cuando no está trabajando o liado con las artes marciales ¿ Hay algún hobby para el descanso del guerrero?

En realidad no me queda mucho tiempo para otras cosas o estoy trabajando como auxiliar de policía en Torre Alhámame o estoy impartiendo clases tres días por semana en casa, dando clases privadas a gente que me viene de diferentes puntos como Fuengirola, Tarifa, Granada etc. Además soy el presidente la Asociación Nacional de Jeet Kune Do en España. Los fines de semanas sino tengo algún seminario en Madrid, Barcelona, Mallorca u otro sitio me escapó a la costa a relajarme con la familia. En cuanto a mis hobbies hago lo que me gusta que es el jkd y también suelo leer mucho siempre estoy leyendo en cualquier sitio.

Juan, una muy corta ... en tu opinión ¿cuál es la mejor película de artes marciales de todos los tiempos?

Para mí y sin duda Operación Dragón de Bruce Lee, las

escenas de lucha aún no se han mejorado tanto como aquí.

Bueno, ahora toca lo del libro favorito.

Libros no tengo un favorito si no muchos favoritos, sobre el arte de Bruce y su vida “ El guerrero de bambú” de Marcos Ocaña, sobre filosofía y pensamiento todo sobre Krishnamurti, Allan Wats, Bruce cogió mucho de ellos para definir su arte.

Eres un tipo con mucho sentido del humor... venga, arráncate. Una anécdota, algo gracioso...lo que tu quieras.

Una que me sucedió estando ya aquí, fuimos a Ronda a dar una vuelta a unos Centros Comerciales y estando paseando por los pasillos y viendo ropa; observo como el vigilante de seguridad no deja de mirarme y seguirme a todas partes donde iba.

Se lo comento a mi mujer diciéndole que el vigilante

igual me ha visto cara de sospechoso y se piensa que voy a robar algo. Y un poco mosqueado veo como se dirige hacia mi y estando a la defensiva esperando sus sospechas me dice “perdone es usted Juan Zamudio, es que he comprado su libro y no estaba seguro si era usted, si no le importa dedicármelo”. Le contesto que si y que con mucho gusto se lo dedicaré para la próxima vez que nos veamos.

Particularmente, si echaras la vista atrás y a nivel de agradecimientos, ¿de quienes te acordarías ?

Bueno creo que en esta vida hay que estar agradecido por todo, de todo se aprende incluso de los momentos malos. He aprendido mucho de mucha gente y tengo muy buenos amigos.

Sifu Juan Zamudio, unas palabras finales

La palabra Sifu es maestro, que en Chino quiere decir

padre de la escuela, tus estudiantes son como tus hijos.

No me considero un maestro en el sentido de que cuando ya eres un maestro has dejado de aprender, yo sigo aprendiendo e incluso de mis estudiantes.

Mis palabras son que nos tomemos la vida con mas filosofía como se suele decir, la vida es muy corta, no las desperdiciemos en cosas negativas; para acabar os dejo con una reflexión “ No es como te venga las cosas es como te la tomes”.

Muchísimas gracias por tu tiempo y por estar con nosotros en esta revista de Feria.

Gracias a vosotros por concederme parte de vuestro tiempo y a todos mis paisanos espero que pasen unas fiestas de lo mejor llenas de salud y bienestar.





TELÉFONOS DE INTERÉS

Ayuntamiento.....	956130011
Policía Local.....	956130005-607808309
Guardia Civil.....	956130013
Bomberos.....	085
Protección Civil.....	615350787
Centro de Salud.....	956045400
Emergencias.....	112
Juzgado de Paz.....	956130004
Biblioteca Pública.....	956130602
Centro de Información Juvenil.....	956130602
Escuela Infantil 'El Olivo' (Guardería).....	956130461
C.E.I.P 'Miguel de Cervantes'.....	956128803
C.E.P. 'San José de Calasanz'.....	956418920
E.E.I.'Gloria Fuertes'.....	956128655
Residencia Escolar 'Nuestra Señora de los Remedios'.....	956130906
Centro de Educación Permanente Pueblos Blancos (Adultos).....	956128640
I.E.S 'Sierra de Lijar'.....	956128929
I.E.S 'Zaframagón'.....	956128820
Aula de la UNED de Olvera.....	956122348
Centro Guadalinfo.....	956122154
Pabellón Polideportivo.....	956130081
Residencia de Ancianos.....	956130475
Servicios Sociales.....	956120004
TAOMI.....	956120199
Hogar del Pensionista.....	956130205
Oficina Municipal de Turismo.....	956120816
Hotel Fuente del Pino.....	956130232
Hotel Estación Vía Verde de la Sierra.....	661463207
Parroquia.....	956120388
Servicio de Aguas.....	956130921
Eléctrica.....	956120561
Ciclosierra.....	956121902-675847596
Correos.....	956130183
Servicio de Recaudación.....	956130882
Servicio Andaluz de Empleo.....	956128680
Club de Empleo.....	956131092
Andalucía Orienta.....	956120495
CADE Olvera.....	956128730
Oficina Comarcal Agraria(OCA).....	956045200
Servicio Asistencia Municipios(SAM).....	956130031
Servicio de Recogida de Muebles y Enseres.....	956121902-675847596